

CAMERINO, JOSÉ (¿-1660)

EL PÍCARO AMANTE

Francisco Vriango y Fernando Armindez, dos estudiantes gorriones que no los había hecho amigos la patria ni el estudio (pues éste era aragonés y aquel navarro, inclinado el primero a la filosofía y el segundo a las leyes), sino el espíritu marcial que encubrían las sotanas y el ser en todo tiempo defensores de Cátedras, y los que, a pesar de toda Salamanca, victoreaban a quien les encomendaba su pretensión, habiendo ido un día de verano a ver una comedia quedaron (sin valerles su braveza) esclavos del brío, bizarría, donaire y gracia que mostraron Lisarda y Rosila, su criada: las dos más bellas farsantes (a su parecer) que pisaron el teatro. Y como traían en las lenguas los corazones luego supieron entrambos el mal de cada uno y para remediarle determinaron procurar de asentar plaza con el autor; porque el aragonés, fuera de ser mozo, dispuesto y brioso, danzaba por excelencia, cantaba bien y no tañía mal, y Vriango no hallaba quien le aventajase en hacer un simple. Y así, en llegando la noche, dejaron las cortas togas y cubiertas monteras; aforradas en ante las cabezas con un gran coletto, buen broquel y espadas anchas a lo bravo, fueron a buscarle a su posada; y en pocos lances le representaron la causa de su visita, y como no reparasen en el salario, hecho alarde de sus gracias, quedaron por compañeros y se les repartieron papeles que estudiasen para representar en saliendo de Salamanca.

Hiziéronlo así, aventajándose de manera que dejaron satisfecho al autor y envidiosa la compañía. Y habiendo procurado muchas veces en las ocasiones que les ofrecía la farsa dar a entender sus penas a quien se las causaban, no descubrían señales de haber sido entendidos, cosa que les apuraba de manera la paciencia que estuvieron por apelar a Marte (ya que Amor no los favorecía) y con su favor gozar el bien que deseaban. Pero reportándose llegaron con sus males a Barcelona en tiempo de Carnestolendas y, o fuese que las extraordinarias finezas que en aquella ciudad hicieron acreditasen su amor, o el tiempo que alborota la sangre al más frío encendiese la de sus damas, en tropa llegaron el conocimiento del amor, el admitirle, regalarle con favores y sepultar a la esperanza y deseos en la pretendida posesión, que no los enfadó por ser breve respecto de que la Cuaresma deshizo la compañía; y siguiendo ellas las de sus maridos, dejaron despiscados a los galanes que, después de haber barloventado algunos días en si pasarían a ver la bella Italia halagados de la comodidad del pasaje que ofrecía la primavera o si volverían a sus estudios, determinaron dejarlo todo y trasladarse a la Corte (que estaba entonces en Valladolid), como lo hicieron. Pero llegaron a ella con muy poco dinero que les avisó procurasen manera de vivir; y informados quién de los señores della era más aficionado a los de la hoja, no hallando otra plaza vaca asentaron con él en la de lacayos, en la cual sirvieron el año de la aprobación con mucho trabajo, porque, fuera del que sentían en pisar continuamente lodos en invierno y ser blanco de los rayos del ardiente sol en el verano, el de no pagárseles ración los acabara, a no tener cada uno una de las ninfas de Esgueva que le socorría con lo que o diezmaban (sin ser curas) a sus amos o contribuían otros, estando ellas muy contentas del respeto que las tenían los que sabían correr su

reputación por cuenta de los dos valientes lacayos, los cuales, cansados del oficio, dieron en ser caballeros del milagro, frecuentando, para cobrar su renta, las casas de juego a donde aprendieron el arte de no perder, con la cual aumentaban los baratos si acaso su mala suerte traía algún novato al garito. En el cual, habiendo juntado con industria doscientos escudos, deseosos de ver a Sevilla (ya que estaban bien disciplinados para cuanto se les pudiese ofrecer) en pocos días se plantaron en ella. Y registrando todas sus calles y ventanas, vieron perfectamente retratadas en una dama cuya edad no pasaba de quince años las celestes hermosuras, a cuya vista quedó Armindez absorto, sin poder dar paso adelante el tiempo que, desafiando al sol con la luz de los dos suyos, se detuvo en la ventana. Y volviéndose a Vriango que acusaba su embelesamiento le dijo con un profundo suspiro:

-¡Ay amigo, que me ha dejado Amor con sus flechas herida cruelmente el alma, cuyo dolor es tanto que temo perder la vida si no se duele della la muchacha que se va huyendo con el corazón que me ha robado!

Pero el navarro, que juzgó estar su mal solamente en la lengua, sonriéndose, alabó su buen gusto y la hermosura de la doncella, y mudando plática con las novedades que hallaban a cada paso se fueron en anocheciendo a la posada, y aunque tuvieron bien que cenar el aragonés se quedó en ayunas y gastó toda la noche en suspirar sin que el Amor le concediese breve descanso. Y así Vriango, que le amaba mucho, lastimado de su mal, procuró consolarle con estas razones:

-No habré menester gastar mucha prosa pues sabes mi voluntad y las obras que suelo hacer en las ocasiones, y bien puedes consolarte en ésta, que ¡voto a Cristo! que si fuere necesario a mediodía la saque yo de casa y te la zampe en los brazos. No te pierdas de ánimo, sepamos su calidad, porque si fuera tal que nos prometa bodas, tuya es la moza, y si de mayor cuantía, no faltarán trazas para salir con nuestro intento, que quien resistiere a un estudiante enjerto, enfarsante, lacayo y fullero ha de saber más que el mismo demonio.

A cuyo razonamiento animado Armindez se vistió, y fueron entrambos a la calle en que se había perdido y supieron de los vecinos de la señora que era hija de un grueso mercader que en aquel año había pasado a las Indias dejando el cuidado de su casa a un hermano suyo que tenía parte en el trato, y por no ser casado vivía con la cuñada y sobrina cuyo nombre era doña Leonor, pretendida de muchos caballeros de la ciudad, tanto por su riqueza (por ser hija única de sus padres) cuanto por su singular hermosura, a cuya causa gozaban los vecinos de excelentes músicas que le daban a porfía los pretendientes. Relación que dejó sin sentido al aragonés y no poco pensativo al navarro, pero habiendo sabido juntamente con esto que se les había muerto un viejo escudero que tenían y despedido el hermano a un criado suyo entre paje y lacayo, juzgó buena ocasión ésta de entrar en su casa, y comunicado su pensamiento al amante quedó contento dello y se volvía casi loco al decirle que él se había de fingir en público su hermano y procurar en secreto de ser conocido por verdadero criado suyo, no dejando demostración que pudiese clarificarle por tal, y que Armindez había de traer en los jubones el hábito de Santiago y una venera de oro con su cruz encubierta que, enseñada al descuido, le

acreditase caballero, para poder encaminar su pretensión al deseado fin, cuyo buen principio de ser recibidos en lugar de los dos (muerto y despedido) les aseguró el buen suceso della. Y lo primero que procuraron fue, con el cuidado de servir bien, granjear la voluntad de sus señores, y con mostrarse el aragonés liberal con los demás criados, hacerse señor dellos, como le sucedió, pues no había en casa quien no aventurase por él de buena gana la vida por causársela a todos alegre. Y para encubrir el dinero que cobraban de los jugadores sus depositarios y calificar su riqueza, concertó con un mercader que le diese, en lugar del interés de ciento y cincuenta escudos que le entregó, fingidas letras de cantidades diversas, como no excediesen la suya, las veces que se las pidiese; el cual, codicioso, no reparando en los daños que podía causar en consentir tal cautela no se apartó un punto del concierto, de manera que mostrando en confianza ya a uno ya a otro criado las letras y llevándolos a veces consigo a ver las cobranzas, dio causa a que hiciesen varios discursos sobre él y a que le tuviesen sus amos (a cuyos oídos llegó presto la nueva de todo) en concepto de hombre principal que por oculta causa estuviese encubierto en aquel traje sirviendo; y él con volver después al mercader los dineros, ya que en el juego los había multiplicado suficientemente, dejaba entero el caudal y satisfecho al depositario por gozar a tan poca costa el dinero ajeno. Habiendo pues conocido por muchas señales los efectos de su industria, se atrevió a mostrarse amante, alentado de las esperanzas que engendraban, con mirar atentamente a doña Leonor cuando, divertida, no repara en él. Mas a ella (que, al descuido, lo había advertido muchas veces si bien no lo dio a entender) no le pesaba de ser querida. Antes deseaba que fuese de la calidad que le publicaban su talle y acciones (que, miradas con el buen concepto que habían hecho de su persona, no hallaba en que censurarlas) para poder admitir su amor. Y él, por acreditarle, una noche del verano que estaba la niña con su madre en un florido vergel que tenían en su misma casa, cantó dulcemente este soneto que su mismo amor le había dictado:

Lleva anhelante Sísifo una peña
A la cumbre de un monte, ya que espera
Acabe de su yerro la severa
Peña, furiosamente se despeña.

A Tántalo el arroyo el agua enseña,
Que se esconde seguida en la ribera
La fruta el árbol, que se va ligera
Sin conceder de su parte pequeña.

Las Rélides porfían siempre en vano
Llenar las rotas urnas, pero todos
No alcanzan de mis males los rigores,

Que hallan descanso deste mal tirano,
Con pensar de acabarlo en varios modos,
Yo no espero el fin de mis dolores.

Y si les había admirado la novedad por no le haber oído otra vez cantar y, en el progreso suspendido la perfección de la voz, las dejó tristes el presuroso fin de la música. Y así le mandaron cantase de nuevo, como lo hizo con estas liras:

COBARDE PENSAMIENTO

Pues eres tan altivo, que en las bellas
Luces del firmamento
(A donde están dos soles por estrellas)
Osas poner la mira,
¿Qué miedo de la empresa te retira?

Detén el paso, aguarda
Que ausente te amenaza mayor daño,
Y si aquí te acobarda
El airado rigor del desengaño,
Piensa que al que es amado
No le perdona Amor algún cuidado.

Atrevido y gallardo
Vence imposibles y deshaz desvelos,
No con aliento tardo
Llores después sin fundamentos zelos.
Que en discurso amoroso
Nunca el que fue cobarde fue dichoso.

No es bien que por altivo,
Quiera el gesto que tus ansias calles.
Que el niño vengativo
Suele igualar los montes y los valles.
Dile el mal que te alcanza
Y asegura el favor de la esperanza.

Acabando con tanto afecto que si doña Leonor no quedó rendida, determinó no dejar diligencia para certificarse de la calidad del enamorado músico. Y habiendo procurado saberlo de Vriango (que se fingía muy simple) no pudo con todas sus trazas hacer que se adelantase a más que asegurarla que era hombre de bien. Pero contando después al amigo la instancia que le había hecho para descubrir la nobleza que juzgaban tenía, acordaron que el navarro escribiese de su mano una carta (que por haber siempre ocultado el saber escribir no sería conocida por suya) y en ella le acreditase por noble. Como se ejecutó, y después de algunos días que la traía Armindez en la faltriquera, pasando cerca de su querida, con cuidadoso descuido la dejó caer en el suelo al sacar de un lienzo, y vista de la niña la alzó sin decirle nada y se fue a su cuarto a leerla, y mirando el sobreescrito vio que decía: «A don Fernando Armindez de Mendoza. Trece de la Orden de Santiago.» Y dentro: «No os he escrito antes temeroso de que no llegasen mis cartas a manos de

vuestros contrarios, que por ser tan poderosos se puede desesperar de la seguridad dellas: pero ahora que el Conde vuestro hermano envía a Rodrigo, su paje de cámara, a esa ciudad por criado de un oidor que pasa a las Indias, conociendo su fidelidad, hiciera agravio a nuestra amistad si dejara de avisaros que su Majestad os ha hecho merced de la vida con que sirvais con dos lanzas diez años en Orán. Deste destierro esperamos alcanzar presto la gracia (como vuestro hermano os lo avisará), y así alentaos y llevad con valor la bajeza a que os obliga la fuerza de los hados. De Valladolid, don Jusepe Pimentel.» De cuyas razones engañada la tierna doncella, juzgando verdadera la fingida nobleza, alegre de su dicha, dio entrada al Amor, y después de haber guardado con mucho cuidado la carta, salió a la parte a donde la había cogido, y halló que, congojado, en todas iba mirando con grande cuidado. Y preguntándole la causa dél respondió habérsele caído unos Romances que estimaba por hijos del ingenio de un grande amigo suyo, simulando con astucia tanta el sentimiento que le causaba la pérdida dellos que lastimada la ya enamorada doncella estuvo por volverle su carta, teniendo por sin duda que aquélla fuese lo que buscaba. Pero procuró con mirarle tierna consolarle que, siendo lo que él deseaba, se fue loco de contento a dar parte del dichoso suceso a Vriango el cual, alegre dél, se prometió el fin que pretendían de las engañosas trazas y más cuando advirtieron que doña Leonor, no acostumbrada a los desasosiegos que causa el Amor, le traía todo el día ocupado por tener ocasión de hablarle, y en anocheciendo procuraba que su madre le hiciese cantar el tiempo que estaban en el jardín, gozando del fresco y él, no perdiendo ocasión, le daba a entender en las letras que cantaba su amor, asegurándole ella igual correspondencia con los extraordinarios encarecimientos que hacía celebrando la dulzura de la música y el arte dellas, deseando ya ocasión de poderlo hacer descubiertamente, como se la presentó presto la buena estrella de Armindez y el poco cuidado que tenía su madre de la casa, pues a trueque de no perder un paseo o una fiesta estimara ganancia el verla abrasada, sin advertir que tocando el interno gobierno della a la mujer (pues deben de tener parte de los cuidados como la tienen de los contentos) no le puede haber bueno en la que falta su asistencia. Y así iban, por excusar salidas, las gitanas descalzas, que suele muchas veces peligrar vagando la pudicicia que asegura el recogimiento. Habiendo pues su madre salido un día a los acostumbrados paseos del Arenal, dejando sola en casa a la niña, sucedió que viniendo de fuera Armindez, se encerró con Vriango en su aposento, a cuya puerta acudió curiosa doña Leonor y por la cerradura advirtió que ilustraba el pecho de su querido (que estaba en jubón) el hábito de Santiago y que sentado decía al navarro (que, en pie, descubierto y con mucho respeto le escuchaba atento por haber oído gente a la puerta) que se preveniese para la noche, que no había de consentir se diesen a sus ojos tantas músicas a su querido dueño. De cuyo concierto, temerosa de que no sucediese algún daño al aragonés, le llamó y, habiendo cubierto el fingido hábito, salió diligente a saber lo que le mandaba siguiéndola al jardín a donde se había encaminado. Y sentada junto a unas murtas le ordenó hiciese lo mismo, y como rehusase hacerlo le dijo:

-Mucho nos podemos quejar de V. S., señor don Fernando de Mendoza, que haya querido quitarnos la ocasión de servirle en nuestra casa como merece su nobleza encubriéndose con la servidumbre indigna de su esclarecido linaje.

Pero mostrando no entenderla y creer que hiciese burla dél, le enseñó su carta y contó lo que acababa de ver. A cuyas señales, fingiendo darlas de ser vencido, satisfizo al deseo que mostraba la niña de saber la causa de tanto disfraz con nuevo embeleço diciéndole:

-Festevaba yo en la Corte sin amor a una hermosa dama de quien estaba grandemente enamorado un noble caballero de los más principales títulos della, cuyos merecimientos, con ser muchos, nunca pudieron alcanzar un pequeño favor, mostrándose tan liberal dellos conmigo (que los merecía menos) que le dio justa causa de celos y, atormentado de sus furias, de buscarme una noche que hablaba con ella a una reja de su casa. Pero, aunque tenía valor y compañeros valientes, fue desdichado, pues con su muerte espantó de manera a los suyos que pusieron todos la seguridad en los pies. Y así disfrazado vine huyendo a esta ciudad a donde vi vuestra divina hermosura a la cual quedé tan rendido que sentí ser imposible vivir sin ella y, no pudiendo descubrirme por el peligro que corría de perderos si me quitaban la vida, determiné serviros en este traje mientras se aplacase el Rey y me fuese permitido pretenderos descubiertamente por mía. Pero ya que se ha adelantado mi suerte os suplico admitais mi amor y no consintais me atormente y castigue con nuevos martirios por soberbios a mis pensamientos, pues han osado pretender, no como hizo Ixión la belleza de Juno, sino vuestra hermosura cuya menor parte puede formar deidades, siendo verdad que no pudieron competir las fingidas de cuantas inventó la antigüedad con la vuestra verdadera. Que si esto alcanza mi dicha, será la mayor que ha visto el mundo.

Cuyos requiebros acompañó con los ordinarios abonos de ardientes suspiros, y con ellos se enterneció tanto doña Leonor que no sabiendo encubrir el amor que le tenía, sin temer la nota de fácil, le manifestó con estas razones:

-Desde que vuestras acciones dieron seguro indicio de la nobleza que teneis (que mal encubren sayales los rayos de su claridad) fue mi pecho un verdadero retrato de la abrasada Troya, probando el mayor incendio que ha hecho con su fuego Amor, y ahora ha crecido tanto que, a quererle ocultar, quedará presto por mentirosa. Y así podeis estar seguro que no tardará más la posesión de lo que pretendéis de lo que dilatareis el hacer instancia con mis padres por ella.

Cubriendo con tal fin las hermosas mejillas de perfecto carmín. De que, mostrándose muy alegre y gozoso el aragonés, concertó con ella que descubriese a su madre el conocimiento que tenía de su nobleza, que después él haría las demás diligencias necesarias para el cumplimiento de sus deseos. Pero estorbó esta plática, entrando, su madre a quien, no sufriendo dilaciones, contó lo concertado y, certificado dello con ver ella misma el hábito que traía el aragonés, sin que él lo entendiese dio de todo parte al cuñado que determinó hacerlo de criado huésped. Y la misma noche mientras contaba Armindez al navarro lo que le había pasado con su querida, entraron en su aposento y le forzaron a descubrirles lo que ellos publicaban por cierto con quejas de la poca satisfacción que había mostrado dellos en ocultarse tanto tiempo, a las cuales dio las disculpas que mejor le parecieron y encareció la obligación en que le ponían con la nueva merced que recibía. Y así de allí adelante le trataron conforme merecía la nobleza de que blasonaba, gozando particularmente los favores de doña Leonor. Y no recibió el mayor que desean los amantes por no violar las leyes del sagrado hospedaje acreditando con

doña Leonor (que era de raro entendimiento) mucho más la nobleza que fingía con esta acción que con el hábito que traía. Pero temiendo que no se descubriese su enredo fingió, ya que había pasado un mes de su exaltación, nuevas cartas de la Corte con aviso de total perdón de su Majestad, de que le dieron todos mil parabienes, y mostrando serle necesario partirse para Valladolid, en reconocimiento de lo mucho que confesaba deberles, pidió por mujer a su querido dueño. Y estimándolo a suma dicha su madre y tío, temerosos de que no se arrepintiese, sin dar parte dello a deudo ninguno, atropelladamente se la concedieron, haciéndolos desposar sin amonestación ninguna, con licencia que para ello alcanzaron, y le dieron en dote cuarenta mil ducados en dinero. De que alegre el aragonés, retirado en su cuarto a solas con el navarro, que loco de contento no cabía en sí, le habló desta manera:

-Ya, Vriango amigo, puede parecer que hemos llegado seguramente al fin de nuestra pretensión y que no hay más que temer. Pero ponderando esto con maduro discurso estamos en lo más dificultoso della, pues al primer disgustillo se ha de manifestar nuestro embeleco. Y así es necesario prevenir los daños y el remedio dellos y no fiarnos de nuestra buena fortuna. Que suerte, y no industria, ha sido el salir tan fácilmente con nuestro intento. Porque a ser prudentes (como convenía) la madre y tío de doña Leonor no se abalanzaran tan fácilmente a consentir este casamiento, por mucho que juzgaran estarles bien, sino informáranse cuidadosamente primero y descubrieran el engaño que será fuerza vean después, siendo locura imaginar que estén deslumbradas las personas con quien tratamos. Antes hemos de creer que facilitan con los medios el fin que han pensado convenirles y así persuadirse que cuanto intentan les acarrea seguras comodidades y por no quedar sin ellas débese procurar de penetrarles los pensamientos y pensar que siempre se nos trata con engaño para que, sirviendo el recelo de atalaya, descubra los que hay y cierre el paso a los que pudiera haber. Y así, ya que hemos sido tan dichosos, que nos enseñan aciertos ajenos yerros, me resuelvo de coger todo el dote y ponerle en la Corte en cambios abonados y que vayas a ponerme casa para llevar allá a mi esposa. Porque en cualquier caso me conviene esté lejos de su madre que, astuta, pudiera (en descubriéndose el enredo) quitarme hacienda y mujer con un divorcio (cuya facilidad en esta nuestra España no sé si lamente o deje el remedio a quien le toca, mientras no alcanzo la causa y veo los daños) quedando yo pobre y afrentado, que es la mayor desdicha.

Y pareciéndole al navarro prudente acuerdo, prometió no exceder un punto dél. Y así, puesto en letras el dinero, se fue a la Corte, a donde alquiló una muy buena casa y la proveyó de todo lo necesario, recibiendo asimismo los criados que le pareció no se podían excusar y luego escribió en nombre del Conde, su hermano, al aragonés, que le aguardaba, y a tardar le iría a buscar a Sevilla enviándole dos mil escudos de joyas para la novia que, alegre y engañada con ellas, persuadió a su madre gastase seis mil en galas y le diese dineros para el camino, como lo hizo. Y el tío quiso acompañarlos por conocer al Conde. Y habiendo llegado a Valladolid, fueron muy bien recibidos de Vriango y entretenidos algunos días. Pero el mercader, ansioso por el Conde, haciendo nuevas instancias para verle, quedó desengañado con asegurarle no le había en el mundo, y al sentimiento que mostró espantaron con fieros, a los cuales se siguieron las nuevas que llegaron de Sevilla de haberse ahogado en la mar su hermano. A cuya causa, dejando al

fingido caballero y a la sobrina, se volvió, y añadiendo a las lástimas que hacía la viuda el descubrimiento del engaño, creció tanto la pena que le quitó la vida. Y el aragonés quedó señor absoluto de ciento cincuenta mil ducados. Y doña Leonor, si bien sintió la muerte de sus padres, y el verse casada al contrario de lo que había imaginado, hallándose con hacienda bastante para sustentar el fausto, y enamorada de su esposo, se consoló más presto que el tío, el cual vivió lo restante de su vida afligido considerando el desatino que había hecho en la mayor acción que hacen los hombres, pues errada una vez no admite enmienda. Y el aragonés tuvo lugar de campear caballero en la Corte, como se había fingido en Sevilla, no le dando al navarro con avaricia de menoscabar la opinión que de serlo le alcanzaron las riquezas, y la dejó después de su muerte con ellas a los hijos que tuvo en la engañada doña Leonor.